Con Dios y sin toga. La educación de mujeres en las academias liberales porfirianas

Oresta López

Durante la primera mitad del siglo XIX, las guerras anti-imperialistas y los conflictos internos, no permitieron grandes avances en la educación pública de los niños y niñas mexicanos. Se invertía más en mantener funcionando a la educación superior o secundaria, con el objeto de disputarle al clero la formación de profesionistas y la hegemonía sobre la educación de mujeres. Por ello, los estados que contaban con instituciones oficiales, equipadas y experimentadas en la educación femenina —más allá de las primeras letras— serán de gran interés para la historia de las mujeres. Por lo que importa conocer sus proyectos, la ideología que había detrás de estos esfuerzos y, especialmente, identificar los logros de las maestras y alumnas como una experiencia femenina con el arte, la cultura y la vida pública en la escuela.

Un breve, pero interesante, informe de José Díaz Covarrubias, en 1875, daba cuenta de la instrucción pública en el país, dedicando un importante apartado a la educación secundaria y/o superior de las mujeres en México. A partir de estos datos se puede entender la manera en que el proyecto de educación liberal había llegado a las mujeres y la respuesta que tuvo la Ley de instrucción de 1867, que establecía entre otras cuestiones, la obligatoriedad de la educación para los niños y niñas. El informe menciona que había para 1875, catorce establecimientos oficiales y, uno del clero para la enseñanza secundaria o superior de las mujeres que brindaba atención a unas 2300 niñas y jóvenes en todo el país. Los Estados que tenían colegios de esta naturaleza eran: Durango, Guanajuato, Jalisco, Oaxaca, Sinaloa, Veracruz, Yucatán y el Distrito Federal.[1]

Las modalidades adoptadas para la enseñanza eran diversas, tanto por las formas de financiamiento como por el tipo de materias que ofrecían. No obstante, durante los años de la Intervención francesa se colocó la mirada a otros modelos de educación superior para mujeres, de allí proviene la fundación del Liceo de niñas de Guadalajara. Otro modelo más fue el de las Academias, proveniente de Estados Unidos, como la establecida en Oaxaca.[2] Los Colegios de niñas con modelo español seguían gustando como colegios particulares y católicos. Menos exitosos fueron los Gimnasio para niñas del modelo Alemán y las Escuelas superiores o reales de Austria. En México con el deseo de abandonar el pasado colonial en materia de educación de las mujeres, se experimentaba con colegios, liceos, escuelas normales para profesoras y academias.[3]

Los Institutos científicos y literarios del país eran para varones y escasamente para mujeres, más dedicados a la formación de parteras. Todo el sistema educativo estaba segregado por sexos, en colegios especialmente dispuestos para niños y para niñas. En el currículum escolar se diferenciaba lo que aprendía cada sexo, la educación primaria o superior de las niñas incluía saber leer, escribir y contar pero también materias reglamentarias de carácter universal que marcaban la diferencia entre los

sexos. Para las niñas era de fundamental importancia la enseñanza de costura, bordado, elaboración de flores, economía doméstica, todo ello, en completo detalle y perfección.

La educación secundaria, según Covarrubias, no era concebida como profesional, sino necesaria para educar el gusto. Era para "los que aspiran a cultivar bien su espíritu e ingresar en lo más selecto de una sociedad".[4] Luego entonces, lo que se enseñaba a las mujeres mexicanas en la educación secundaria, era un conjunto de conocimientos diversos en los que escaseaban los de carácter científico:

> [...] no es precisamente una instrucción científica fundamental pues con excepción de la Escuelas de Artes y oficios del Distrito federal [que tiene] los estudios de Física y Química generales, en los demás la enseñanza se limita en la parte científica a las matemáticas, la teneduría de libros y la higiene doméstica, agregándose [...] la horticultura práctica, la Historia Universal, los idiomas vivos, la música, la pintura, ciertas labores femeniles, costura, bordado, ejidos, etcétera.[5]

En este sentido, el informe señalaba que México no andaba ni mejor ni peor que otros países. En efecto, en todo el mundo occidental se estaba experimentando el conocimiento de los límites de la inteligencia femenina (que *a priori* se consideraba inferior a la del hombre) y, se ponía especial atención a los efectos físicos que tenían los estudios sobre la salud de las mujeres, enfatizando la preocupación por el desarrollo de sus funciones procreadoras y maternales.[6]

Es importante recordar que en el siglo XIX, los ideales de la burguesía marcaron las sociedades occidentales. Peter Gay señala a la época normada y caótica a la vez.[7] Los gobiernos y las oligarquías participaban en el desarrollo urbano, tecnológico, científico y educativo. La burguesía abogaba por una nueva moral y una nueva forma de organizar los espacios públicos y privados. Los liberales mexicanos compartían las expectativas burguesas modernas y, en sus ciudades, establecían reordenamientos urbanos, invertían en transportes, comunicaciones, industrias pero también creaban nuevos espacios de sociabilidad como teatros, paseos, casinos, clubes de todo tipo, sociedades literarias, lonjas, entre otros más. La moral victoriana prevalecía en todas las clases sociales, entendida como "las buenas maneras de comportamiento en sociedad". La urbanidad decimonónica —a decir de varios autores— no era, sino la hipocresía, la gazmoñería y la ambivalencia en el trato interpersonal, plasmada también en las políticas públicas, en los reglamentos de la ciudad, en los libros escolares, etcétera. El refugio a tanto control era el espacio privado que en el siglo XIX es la casa familiar y la domesticidad como el templo de lo privado. En este esquema, se pretendía que las mujeres fueran las reinas del hogar y de la vida privada, por ello, no se veía importancia real a su participación pública, salvo en acciones de beneficencia. Tampoco se le veían beneficios certeros a la educación superior o profesional de las mujeres. Antes bien, existía un gran temor porque las mujeres se entusiasmaran por hacer carreras liberales o, sin toga ni birrete, optaran por el auto-didactismo y la vida intelectual, porque se pensaba que se podían masculinizar y, ocasionar severos daños a las familias al igual que consecuentemente a la sociedad.[8]

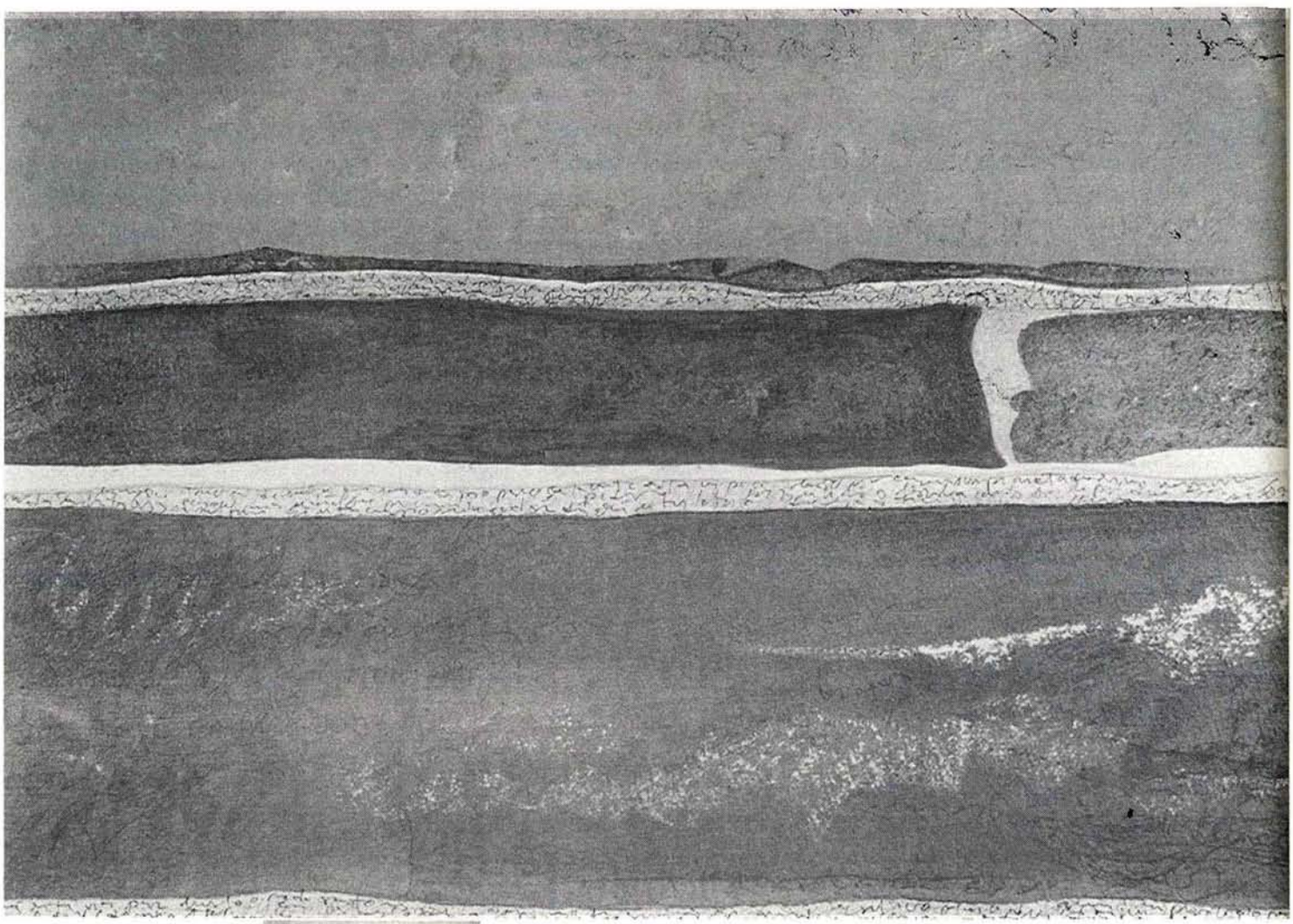
El currículum escolar decimonónico fue estricto en la segregación de sexos, y firme en cuidar que las mujeres no sobrepasaran los límites de los conocimientos permitidos, de manera que no fueran expuestas a peligros que las apartaran de su función de madres. La escritora Emilia Pardo Bazán, una rebelde de esos tiempos decía que se trataba de una educación a "medias tintas":

> Este sistema educativo donde predominan las medias tintas, y donde se evita como un sacrilegio el ahondar y el consolidar, da el resultado inevitable, limita a la mujer, la estrecha y reduce, haciéndola más pequeña aún que el tamaño natural, y manteniéndola en perpetua infancia.[9]

Tras este intento de ubicación general, me detendré a reflexionar sobre la oferta educativa de dos escuelas, al parecer hermanas distantes: la Academia de niñas de Oaxaca y la Academia de Niñas de Morelia, instituciones que considero exitosas por la demanda y continuidad que tuvieron durante décadas al otorgar educación secundaria a mujeres y, en estrecha coincidencia con la carrera y obra de Don Porfirio Díaz y de los grupos liberales asentados en las dos ciudades.

La Academia de niñas de Oaxaca

Esta Academia[10] fue establecida por decreto, el 2 de diciembre de 1866, siendo gobernador del Estado el Gral. Porfirio Díaz. Su secretario el Lic. Félix Romero, estuvo a cargo de la ejecución del proyecto. Se confió su desarrollo a dos mujeres, en la función de directora del establecimiento fue nombrada la señorita Guadalupe Orozco y Enciso y como subdirectora la señorita Soledad Salgado. La primera con un salario de $800 pesos anuales y de $600 la subdirectora. Los profesores y profesoras recibían $300 pesos anuales. Se recibían a niñas que estudiaran las materias de la primaria y las de perfección de la primaria y secundaria. En 1874, las materias impartidas fueron:



Moral universal, lectura en prosa y verso, escritura inglesa, gramática castellana, dibujo lineal, anatómico y de ornato, costura en todos su ramos, bordados de todo tipo, tejidos en todas sus variedades, música vocal y piano, idioma francés, geografía, economía doméstica, flores y otras labores de mano.[11]

La Academia incorporó, desde el primer año de existencia, los rituales de fin de cursos ya tradicionales en el Instituto de ciencias y artes de la ciudad, que ofrecía la educación superior para los varones. En la entrega de premios de 1868, el catedrático de la materia de Gramática Castellana en ambas instituciones, pronunció un discurso en el que señalaba claramente los objetivos de la educación liberal para las mujeres:

> [...] Es necesario ilustrar su inteligencia, para que pueda desplegar las alas de su ingenio y cumplir los santos deberes que tiene en la familia, en la cual está su verdadero asiento. Es preciso purificar su alma, para que como hija, sepa honrar las canas de los que le dieron el ser, como esposa llenar las obligaciones a que la Providencia la destina, y como madre, inspirar la ternura y el afecto, a la vez que la moralidad y el honor en el corazón de sus hijos [...] Estas sin duda, fueron las ideas que dominaron al caudillo que en medio de los azares de la guerra, tendió su mano protectora al bello secso [*sic*] oaxaqueño y planteó el establecimiento, cuya primera función de premios hoy celebramos.[12]

En su discurso, Santaella recorre la historia para analizar la posición de las mujeres griegas, romanas y hebreas. Entresaca de la Biblia la conclusión de que algunas sociedades hacían a sus mujeres libres y otras, las mantenían esclavas, sin vida pública ni poder alguno. Las romanas, por ejemplo, le parecían esclavas sin valor para una sociedad de hombres que apreciaban en demasía la política y la vida pública. Las mujeres de México, no fueron pasadas por una lectura histórica tan exhaustiva pero, les reconoce su talento e inteligencia en las letras:

> En México también la muger [*sic*] tiene concepciones felices, ideas sublimes, y se sienten inspiradas por los vivificantes rayos de un sol tropical; y por eso en México han lucido Da. María estrada Medinilla en el siglo XVI, Da. Ana María Zúñiga [...], descollando entre todas la inmortal Sor Juana Inés de la Cruz [...] Aquí no puedo

> menos que rendir un homenage [*sic*] de respeto y admiración a las inteligencias de Dolores Guerrero y Esther Tapia que son un precioso ornamento para la literatura mexicana.[13]

Santaella afirma que las mujeres del siglo XIX no eran esclavas ni duda de que son inteligentes y reconoce que a todo cuanto hacen le da un sello emocional y afectivo, debido a su sensibilidad, a su imaginación y fantasía. Comparte la idea de que una mujer ilustrada cumpliría, de mejor manera, sus deberes en la familia porque ahí estaba "su verdadero asiento". Había que ser estrictos en formar mujeres con una clara actitud frente a los límites sociales, las alumnas al acercarse a la ciencia, deberían hacerlo con "pudor y sentimiento", mostrando lo capaces de aprender de conocimientos que les eran vedados a las generaciones anteriores de mujeres y, ser agradecidas con el caudillo, que tendía su mano generosamente, tal era el sentido de la ilustración que les daba el Estado:

> [...] comprended que se os ilustra, no para que hagáis una vana ostentación de vuestros conocimientos en los salones y en las tertulias, sino para que si en los arcanos del Eterno está escrito que seas madres, inspiréis a vuestros hijos el amor a la virtud, el amor a la patria y el amor a la gloria.[14]

Así, tocar el piano, hablar idiomas, hacer la perfecta letra inglesa, primorosos bordados y ejecutar otros conocimientos aprendidos en la academia, estaban destinados a la reproducción de la vida privada. Usándolos en el salón familiar, para leer, coser y moralizar a los hijos y al marido, de ninguna manera para la vida cortesana o para el ejercicio de alguna profesión. Tales fueron los preceptos e ideales de la educación de las mujeres liberales, presentes a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Las alocuciones pronunciadas en estos eventos eran relevantes por estar presentes los padres de familia de los estudiantes del Instituto y de la Academia y el estudiantado en su totalidad. La alta inscripción a la Academia de Oaxaca, tanto de alumnas matriculadas como adyacentes; las calificaciones y los resultados de los cursos de 1867, muestran que las mujeres no sólo cumplían sino, rebasaban los requerimientos establecidos, mostrando competitividad e interés en aprender y adquirir reconocimiento intelectual. Así por ejemplo en la cátedra de idioma francés, Faustina Bonequi, Merced Benavides, Emilia Lazo y Josefa Sandoval, además de aprobar el examen correspondiente entregaban trabajos extras:

> [...] presentaron de gracia el segundo libro de Telémaco leído y traducido; la Srita. Sandoval presentó además una traducción escrita de los cuatro capítulos de la obrilla escrita en francés y titulada "Leopoldo o escollo de la ternura paternal". La Srita. Lazo presentó una traducción escrita de los primeros treinta y nueve párrafos de la obrita que tiene el título de "Compendio de historia santa".[15]

Los trabajos adicionales para la cátedra de dibujo, consistían en nuevos modelos. En los de costura se desbordaban las iniciativas pues además de los ramos establecidos (costura en blanco), nuevos ramos se abrían para los trabajos de gracia de las estudiantes. Así, llegaron a la exposición litografías, afelpados, bordados en chaquira, bordados de punto, de oro y sombreados. En dura competencia obtuvieron mención honorífica las señoritas Ángela Campuzano, Gonzala González y Dolores Dols.[16]

La academia tuvo larga vida y la población escolar creció notablemente, en 1875, se menciona la asistencia de setecientas cincuenta alumnas que hacían casi la tercera parte de mujeres en secundaria de todo el país. En otros estados, no existía aún este tipo de instituciones, por ello la experiencia oaxaqueña se convertía en un ejemplo a seguir. Considero por último que hace falta mucho camino para comprender el impacto social de la Academia de niñas de Oaxaca, así como sus transformaciones internas de organización y de actualización curricular, para poder hacer un análisis de clase sobre su población escolar y los efectos de las enseñanzas en mujeres y hombres liberales, entre otras cuestiones, sin embargo, sólo ofrezco, por el momento estas breves referencias y reflexiones al respecto.

La Academia de niñas de Morelia

La escuela secundaria para mujeres pobres de Morelia, fue propuesta por el ayuntamiento en 1867. No hubo recursos ni demasiada voluntad para sacarlo adelante pues la educación primaria del Estado también se encontraba en malas condiciones. Según Jesús Romero Flores, el mayor auge de la educación en Michoacán fue durante el siglo XIX, gracias a la obra del oaxaqueño Mariano Jiménez, general amigo de Porfirio Díaz, que fue nombrado gobernador en 1885. En el corto tiempo que gobernó logró duplicar el número de escuelas primarias y apoyó abiertamente a la Escuela de Artes y Oficios, en cuyos talleres se capacitaba a los artesanos en conocimientos modernos. Mariano Jiménez fundó el Museo Michoacano y la Academia de niñas en 1886[17] y negoció y ganó espacios a la iglesia en cuestión educativa. En Morelia, la iglesia tenía experiencia y hegemonía en la educación de mujeres desde los conventos e instituciones particulares. En 1881, había veinte escuelas particulares para educación primaria de niñas y la formación de

maestras, estaba a cargo de monjas teresianas y guadalupes. El reglamento de 1882, favorecía la creación de estas instituciones al señalar —como única condición para permitir la existencia de estas escuelas— que no se enseñaran contenidos contrarios a la moral y a la decencia. Para Jiménez, era claro que el control sobre las escuelas, era una cuestión de poder y conociendo la experiencia oaxaqueña, sabía que sin perder la fe en Dios, se podía dar mayor ilustración a las mujeres pues ya las instituciones religiosas empezaban a censurar una gran cantidad de conocimientos modernos. Las escuelas secundarias para mujeres habían cumplido su objetivo hasta entonces, las mujeres no se volcaban a la vida pública, sus conocimientos se reproducían en su vida privada y para el apoyo a sus esposos.[18]

La Academia de Niñas de Morelia tuvo una buena respuesta de mujeres morelianas y michoacanas. En 1886, inició con 219 niñas y en años posteriores mantuvo un promedio de 230 a 260 estudiantes. Se establecieron cátedras de español, geografía, inglés, francés, dibujo, música, costura, economía doméstica, moral y urbanidad, solfeo, matemáticas, piano, teneduría de libros, telegrafía, botánica y posteriormente pedagogía. En realidad, la planta docente y el funcionamiento de la escuela, recaía en dos mujeres: la administración de la academia, la economía doméstica, moral y urbanidad y labores manuales quedaron a cargo de la Sra. Josefa Piñón V. de Alvírez (directora) y su hija Carmen (subdirectora) daba las clases de Geografía e Historia patria, además de atender la biblioteca y los libros de registro. Fueron invitadas a colaborar otras profesoras para la enseñanza del español, inglés y francés y la enseñanza de las matemáticas y estuvo a cargo de la señorita Dolores Maltrana y una gran demanda del curso de flores de lienzo a cargo de la señorita Refugio Vázquez. Contaron también con maestros varones del Colegio de San Nicolás: el profesor de música, de piano, de dibujo, pintura, solfeo, telegrafía y teneduría de libros. Sin faltar la presencia del científico Nicolás León que daba clases de Botánica con un libro de lecciones exclusivamente escrito para las niñas de la Academia.

Se aprendía costura, bordado, dibujo y música, pero en menor medida se estudiaba historia patria, geometría e idiomas (inglés y francés); años después, se creó la asignatura de telegrafía y la de teneduría de libros para prepararlas en tareas de oficina (esta propuesta será retomada de las iniciativas positivistas de la Escuela Nacional Preparatoria). En 1892, se contaba con internado para recibir alumnas de diferentes municipios del estado, asimismo una primaria anexa para que las alumnas practicaran la docencia. Una institución que formaba mujeres de manera diferenciada, pues las niñas bien de Morelia, estudiaban preferentemente moral y urbanidad, música, idiomas, flores y economía doméstica. Mientras que las muchachas de los pueblos o becadas, se orientaban para desempeñar trabajos de costureras, teneduría de libros, telegrafía, o el magisterio de las primeras letras. En ambos casos, bien podrían convertirse en refinadas amas de casa.

Durante el gobierno de Aristeo Mercado, se observa que favorece más la enseñanza doméstica en la escuela de niñas que el desarrollo de otras materias, como sería el caso de la cancelación del curso de telegrafía:

> [...] parece que no es conveniente fomentar demasiado la enseñanza de conocimientos para los cuales ni en la actualidad, ni en un periodo breve, habrá demanda que compense los sacrificios que exige el aprendizaje.[19]

Decide que más que enseñar a las señoritas morelianas la telegrafía, que se les enseñara a las muchachas que venían de los pueblos y que estaban como alumnas pensionadas, para que en el futuro pudieran ser telegrafistas en sus lugares de origen. De hecho, las mujeres no se interesaron mayormente por la telegrafía y años después, aparecen los nombres de algunos varones tomando clases para este oficio. Al igual que en otras entidades, aquí se implementó el sistema de becas para que cada municipio enviara una niña a la Academia de niñas de Morelia y en 1893 había 30 niñas pensionadas. Esta institución era una de las consentidas del gobierno, prueba de ello, eran las constantes visitas que hacía el gobernador, quien además estaba presente en los exámenes públicos y en las solemnes premiaciones de fin de cursos.[20]

Alumnas pensionadas por los municipios particulares en 1892.

Nombre	Municipio
1. Severina Aguilar	Acuitzio
2. Lidia Montesinos	Zinapécuaro
3. María Ancíola	Tajimaroa
4. Josefina García	Maravatío
5. Amalia Juárez	Tlalpujahua
6. Agripina Monroy	Contepec
7. Etelvina Ramírez	Zitácuaro
8. Maura Ramírez	Angangueo
9. Lucina Vázquez	Tuxpan
10. Beatriz Bonilla	Tuzantla
11. Celerina Millán	Huetamo
12. Luz Ortega	Tacámbaro
13. Altagracia Olivares	Nuevo Urecho
14. Encarnación Marroquín	Ario
15. Salud Ponce	Pátzcuaro

16. Maura Torres	Zacapu
17. María Armas	Uruapan
18. Leontina Gudiño	Apatzingán
19. Guadalupe Genel	Coalcomán
20. Refugio Santillán	Jiquilpan
21. Concepción Jiménez	Zamora
22. Sara Nares	Purépero
23. Emilia Ramírez	Ixtlán
24. María Rodríguez Alfaro	La Piedad
25. Concepción Uribe	Puruándiro

Cuadro 1, Fuente: "Apuntes Históricos del Antiguo Convento de San Diego de Morelia". Hoy edificio del internado anexo a la Academia de Niñas, Morelia, Imprenta de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, octubre de 1895.

Pronto se reconoció que el internado de niñas pensionadas había tenido grandes avances, pues se había titulado de profesora Dolores López, pensionista particular de Taretán y, las alumnas de diferentes grados habían obtenido hasta 40 reconocimientos en las premiaciones de 1892 a 1895. Para entonces, contaban con una orquesta típica de señoritas y un orfeón formado con todas las alumnas del plantel, que acompañaban al gobernador en ceremonias y festejos diversos. El nuevo edificio asignado en 1895 era amplio, ventilado y bien equipado, la prensa lo describe como una elegante muestra de los logros transformadores del Estado.[21]

En la orientación de la Academia de niñas, se depositaban los ideales de transformación y conservación de los valores que se consideraban inherentes a las mujeres, en este discurso, coincidían desde las políticas educativas hasta las pretensiones de la intelectualidad y las élites morelianas. Una alumna egresada de la Academia con estudios de secundaria, sabía bordar, hacer ropa de dama y caballero; podía llevar la administración de una casa, hacer traducciones del inglés y francés, además de escribir todo tipo de correspondencia con cuidada caligrafía.

En sus fotos de graduación aparecen con elegantes trajes y abundantes joyas, luciendo las medallas de oro obtenidas en las premiaciones anuales y en las manos enguantadas lucían un libro. Existen notas en la prensa local que anuncian algunas de las graduaciones de la Academia como verdaderas muestras de lujo y prestigio.

La Sra. Josefa viuda de Alvírez, Directora de la Academia, consideraba necesario acompañar la entrega de premios con discursos especiales a los padres de las niñas, señalando que las funciones de la Academia consistían en:

> [...] conservar en su mayor pureza, la moralidad de las alumnas, inculcándoles el conocimiento del deber, encaminando su inteligencia a la Verdad eterna y su corazón al bien infinito; procurando que la instrucción sea amplia y concienzuda, pero adecuada a su carácter, a sus tendencias; en una palabra, adecuada a la naturaleza de su elevada misión.[22]

Les recordaba a las presentes que los padres y madres de familia son los representantes de Dios en la tierra y los convocaba a colaborar en la educación de las niñas a través del buen ejemplo:

> [...] ayudadnos con vuestros consejos y sobre todo con vuestro ejemplo, a hacer comprender a vuestras hijas que la mujer virtuosa es el mas bello ornato de la sociedad; que la ciencia sin virtud es acaso el mayor enemigo no sólo del que la posee, sino de todos los demás, con relación a su destino moral; y que el mérito del hombre más que en lo que sabe consiste en lo que practica.[23]

Con ello, se reiteraba en los rituales de premiación, que lo más importante para las muchachas era la virtud y que la ciencia sólo era para aderezar la obra de ornato social que deberían cumplir.

El papel que cumplieron hasta 1901, la viuda de Ibarrola (al frente del internado) y la viuda de Alvírez (al frente de la Academia) fue reiterar un conjunto de valores ampliamente compartidos en la sociedad moreliana para educar a las niñas sin perder el temor a Dios. En el nuevo siglo la viuda Elodia Romo de Adalid, procedente de la ciudad de México estableció en la Academia la enseñanza de los métodos modernos de pedagogía, específicamente la enseñanza objetiva. Paradójicamente, a través del dispositivo de escuelas de mujeres se logran cambios que se expandieron posteriormente a las escuelas de niños, donde hubo mayor resistencia a abandonar el método lancasteriano.

Este impacto social de la Academia, se debió en gran parte, a cumplir las funciones de escuela normal y otro factor importante fue la deserción masiva de varones para el magisterio michoacano. La academia tuvo un mayor dinamismo al preparar y otorgar el título a profesoras formadas en sus aulas. Algunas destacadas egresadas eran incorporadas al magisterio en los colegios de niñas de la ciudad. Otras, las alumnas pensionadas por las municipalidades tendrían que convertirse en las maestras de la escuela de niñas de sus lugares de procedencia. La competencia femenina por ocupar plazas en el magisterio era creciente y por ello, mientras para los varones se disminuían los requisitos de ingreso, para ellas se tendían a incrementar las exigencias.

♦♦♦

En 1901, se estableció en la entidad, que los profesores de enseñanza rudimentaria debían tener conocimientos de lectura, escritura, aritmética, sistema métrico decimal, moral urbanidad y nociones de gramática castellana, geometría, geografía, historia patria, pedagogía, metodología, cartilla política y nociones de dibujo. Para las profesoras era necesario contar además, con conocimientos y habilidades de economía doméstica, costura y corte de ropa blanca.[24] Se llegó al extremo de pedir a las aspirantes que mostraran sus costuras y bordados, pues no era suficiente el certificado que las acreditaba como hábiles en estas labores. La Academia de niñas, cerró en 1915 por la Revolución pero esto no destruyó los espacios educativos para las mujeres, pues, posteriormente, se fundó la Escuela Normal para Profesoras y otra, para los profesores, bajo la vigilancia de las autoridades del Colegio de San Nicolás.

A manera de conclusión

La educación secundaria en Academias liberales fue privilegiada, ya que en diversos sectores de la sociedad, no sólo se creía en la necesidad de educar a las mujeres, sino se pensaba que los estudios, podían dañar el futuro de las mujeres. En algunos estados de la república, ni en su legislación ni en su presupuesto se reflejaba el menor interés por llevar adelante proyectos para la educación de las mujeres. Crecientemente fue aceptado y divulgado el modelo de la mujer burguesa, como esposa refinada e ilustrada, que aún careciendo de fortuna, podría formar ciudadanos virtuosos y reinar en el hogar con higiene y moral, cívica y religiosa. Las Academias de niñas de Oaxaca y Morelia, fueron semilleros de este tipo de mujeres. José Vasconcelos, hijo de una educada oaxaqueña aprendió a amar la literatura e hizo sus primeras traducciones bajo la guía de su madre. Porfirio Díaz, Lázaro Cárdenas, Agustín Yáñez, Juan José Arreola y, muchos otros personajes de la historia y la literatura mexicana de principios del siglo XX, han señalado su vínculo con alguna de esas mujeres preparadas en Academias o Liceos, de quienes recibieron gusto por la lectura, disciplina intelectual, dominio de la memoria, temor a Dios y valores morales, civismo y, desde luego, también recuerdan sus ambivalencias frente a actitudes como la sumisión y cierta "mocharía".

Para el caso de Oaxaca y Michoacán fueron estas instituciones de donde egresaron las primeras maestras profesionales que dieron educación a los niños en el siglo XIX. Su desaparición o sustitución por escuelas normales —hacia el siglo XX— marcaba el nuevo modelo de mujer profesional que junto al de enfermera y secretaria, se expandieron con facilidad. Los pocos estudios históricos sobre estas instituciones se explica por el peso que ha tenido en la historiografía la leyenda negra del porfiriato y sus obras pero también por el escaso interés que se tiene por indagar sobre las mujeres en su perspectiva doméstica y privada. No obstante desde la historia cultural y la historia de la educación, cada vez más, se advierten y se enfrentan los desafíos de reconstruir estas historias ligadas a las historias regionales y al papel que ha jugado la escuela en la formación de las mujeres. La historia de las academias de niñas de Oaxaca y Morelia, tiene mucho que decir acerca de las mujeres pioneras que adquirieron saberes intelectuales y profesionales desde los proyectos del Estado. Asimismo un proceso de escolarización de las mujeres, y cómo la escuela se convirtió en un espacio de sociabilidad femenina.

No podemos menospreciar, finalmente, lo que pueda decir la historia de los hombres liberales de clase media de ese tiempo, pues fueron ellos los más activos en proponer un modelo de mujer moderna, anclada a límites: con los que las jóvenes podían estudiar sin hacerse tan liberales que perdieran el temor a Dios, ni tan ilustradas que perdieran su apego a los trabajos del hogar y aspiraran a las togas de las carreras liberales. La escuela secundaria, que era el grado más alto a que podían llegar, estaba diseñada para refundirlas en el hogar y, en caso necesario, ejercer el magisterio. Tales eran las fronteras de la sociedad decimonónica para educar a las niñas. ♦

Notas

[1] José Díaz Covarrubias, *La Instrucción Publica en México*, 1875, Facsimilar reproducido por Editorial Porrúa, México, 2000, p. CXVI.

[2] No hay que descartar en absoluto la influencia del modelo americano en la formación de mujeres oaxaqueñas a partir de la Academia de Niñas, hay que recordar que para los liberales y la clase política oaxaqueña New Orleans era una ciudad conocida y visitada frecuentemente por sus familias, bien por razones de exilio, negocios u otras.

[3] Véase a Giovani Levy, *Historia de los jóvenes*, en el que se hace una diferenciación de este tipo de instituciones. Asimismo vale reconocerle a Díaz Covarrubias sus comentarios al respecto.

[4] José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p. CXVI.

[5] *Ibíd.*, p. CXCI.

[6] El debate estaba en todos los países con la participación de educadores, médicos y sacerdotes. Algunas escasas voces feministas empezaban a escucharse.

[7] Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud I. La Educación de los sentidos,* FCE, México 1992 (Introducción).

♦♦♦

[8] Las maestras de la época, aún y cuando el magisterio era considerado una semi-profesión, al casarse eran cesadas de su empleo. Se consideraba incompatible trabajar y ser casada, de ahí proviene el modelo de la "señorita profesora" y, la imagen de maestra solterona como una realidad en el siglo XIX y principios del XX.

[9] Emilia Pardo Bazán, *La mujer española y otros escritos*, Ediciones Cátedra, Madrid España, 1999, p. 102.

[10] Agradezco al historiador Francisco Ruiz, la información proporcionada sobre la Academia de Niñas de Oaxaca para elaborar este artículo. Como se apreciará en el trabajo, poseo un mayor conocimiento sobre la Academia de Morelia, institución sobre la que he realizado una investigación más exhaustiva.

[11] José Díaz Covarrubias, *op. cit.*, p.115.

[12] Discurso pronunciado la noche del día 31 de diciembre de 1867 en el Instituto de Ciencias y Artes del Estado, con motivo de la lectura de calificaciones y solemne distribución de premios a las alumnas de la Academia de Niñas, por el C. Lic. Luis B Santaella, catedrático de Gramática castellana en ambos establecimientos. Oaxaca, Oax. 1867.

[13] *Ibíd.*, p. 110.

[14] *Ibíd.*, p. 110-111

[15] Entrega de premios, *op. cit.*, p. 56.

[16] *Ibíd.*, p. 48.

[17] Jesús Romero Flores, *"La Educación en Michoacán"*, en: *Estudios Históricos*, Tomo III, Costa Amic Editor, México, 1966, pp. 160-161.

[18] Mariano Jiménez recibía el apoyo de su esposa para diversas actividades de la Academia. Ella promovía, entre sus amistades, donativos de libros para la biblioteca, recomendaba manualidades y también, desde la academia organizaba obras de caridad para los desamparados.

[19] Memoria para el Gobierno de Michoacán, 1892, Imp. del Estado, pp. 113-114.

[20] En su informe de 1892, el gobernador Aristeo Mercado anuncia que restableció la clase de flores para que se diera en mejores condiciones; asimismo anuncia la entrega de muebles comprados en México y dos pianos nuevos. El ingreso de alumnas iba en aumento y para 1894, había 292 educandas.

[21] Véase Alfredo Uribe Salas, *Morelia los pasos a la Modernidad*, Instituto de Investigaciones Históricas, Morelia, 1993, p. 6. Se cita en el Periódico Oficial, Tomo III, No. 44, del 2 de junio de 1895, p. 5: "En el ex convento de San Diego, propiedad del Estado, el Sr. Gobernador Mercado ha hecho un amplio, elegante, sólido y verdaderamente risueño edificio de residencia para las señoritas internas de la academia de Niñas de Morelia. Realmente aquello es un palacio, con altos y amplísimos corredores, patios monumentales, estanques, jardines, huertos para cultivo de frutas y hortalizas, gimnasio, juego de bolas y todo cuanto puede apetecer el higienista más exigente [...] en septiembre de este año, las felices alondras tomarán posesión de su elegante nido".

[22] Véase *Distribución de premios hecha a los alumnos del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, Escuela de Medicina, expositores de Atlanta, academia de Niñas, Escuelas elementales de instrucción primaria*. Morelia, Tipografía de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1898, p. 158.

[23] *Ibíd.* p. 161.

[24] Véase, Rosario Rodríguez Díaz. "La Educación y las instituciones de enseñanza", en: *Historia General de Michoacán*, Vol. III El Siglo XIX. Gobierno de Michoacán, México, 1989, p. 322.

